

Los Aojos

Como todo adelanta y se mejora, ahora venden los "de-
tentes" del mal de ojo muy elegantes y perfectos y hay que su-
poner que también preparados con las salmodias de las hechice-
ras, pero en épocas de mayor pobreza y no digamos atraso porque
eso sigue lo mismo según prueba su mera existencia, las madres
los hacían con corteza de pan. Le quitaban la miga, lo redondea-
ban y alisaban; en lo más tostado le marcaban una cruz con una
navaja y se lo colocaban entre la faja al recién nacido para pro-
tegerlo contra el maléfico mirar de esas mujeres que dejan al
niño amodorrado, con la frente quemando y los ojos cerrados.

Si por falta de la "HIGA" o a pesar de ella se produce el
ojo hay que recurrir sin demora a otra clase de mujeres, las que
tienen gracia, que remedien aquello, remedio del que ya hemos
dado cuenta otras veces pero que tiene sus variantes de unos
pueblos a otros.

En El Romeral la hechicera coge la taza del agua, reza la
oración y echa en el agua la gota de aceite con su dedo. Si se
desparrama el aceite por el agua está muy aojado; vuelve a
echar otra y si se desparrama, otra tercera. Al repetirse el despa-
rramamiento deben repetir la maniobra a la media hora y si no
surte efecto tienen que mirarlo de ojo otras dos personas distin-
tas hasta que la gota haga los tres ojos al caer en el agua, mo-
mento en que el niño o el adulto abre los ojos y empieza a me-
jorar. Allí el enfermo no toma nada y todo depende del poder
de la hechicera.

Música barata

Ramoncito el del Campo, que tenía varios apodos, uno por
el oficio y otros por sus maneras, al casarse bien dejó su oficio y
se hizo labrador para cuidar las fincas de su mujer.

Era un tipo sanchopancesco integral. Los guardas y hasta el
Juez hubieron de llamarle la atención por la tendencia de sus
caballerías a buscarse el sustento por sí mismas. Ingeniosa y so-
carronamente justificaba el olvido de amanearlas y su poca ma-
ña para clavar las estacas.

El Juez, harto ya, lo llamó y sin escuchar sus disculpas le pu-
so una multa.

A los pocos días hacía corro en la Glorieta junto a los mi-
gueltes y herencianos que vendían hortalizas.

Los amigos le hurgaban por haberle calado el Juez. El se
dolía de que no lo escuchara, porque si lo escucha lo convence.
Ahora que en cuanto tenga ocasión me va oír. ¡Vaya si me oye!

—¡Pues míralo, que ahí viene!

Pasó el Juez dando los buenos días, pero abriendo el corro
se adelanta Ramoncito y dice: